

el 8 en cuyo día marchó para Aix, en donde estaban fondeadas las dos fragatas que debían conducirla a América. Estas dilaciones obedecían a la liviana esperanza de que no le dejarían partir sus partidarios, creía que sería llamado para salvar a París y a Francia, y con esta idea fué marchando despacio, sin que ni siquiera se le ocurriera que conocida su marcha por sus enemigos, estos se pondrían en disposición de evitar su salida, y así sucedió en efecto, al llegar a la isla Aix, ya los ingleses tenían establecido un crucero para evitar que se escapase.

No faltaron sin embargo valientes marinos que le propusieron forzar a viva fuerza el paso de la barra

y Napoleon llegó hasta aceptar esta resolución, pero teatral siempre, creyó embarazar a los ingleses poniéndose en sus manos, como decía él, como otro Themistocles, cuando precisamente se había ya acordado en Viena, el día 21 de Marzo, al renovar el pacto de Chaumont, que si Napoleon llegaba a caer en manos de los aliados, sería considerado como un prisionero.

La carta de Napoleon, poniéndose en manos del príncipe regente de Inglaterra, es un documento que interesa a la historia. Dice así: «Alteza real, víctima de las facciones que dividen a mi país y de la enemistad de las grandes potencias de Europa, he ter-



Asesinato del mariscal Brune

minado mi carrera política. Vengo como Themistocles, a tomar asiento en el hogar del pueblo británico. Me pongo bajo la protección de sus leyes, que yo reclamo de vuestra Alteza Real, como de la del más poderoso, del más constante, del más generoso de mis enemigos.»

Hubiera debido la hidalguía inglesa hacer puente de plata al hombre que buscaba un refugio en su país y no entregarle a sus aliados, quienes acordaron el día 3 de Agosto confiar su guarda a Inglaterra. Cinco días después Napoleon salía de Plymouth a bordo del *Bellerophon* para la isla de Santa Elena, a donde le acompañó el general Bertrand, uno de los 54 y en donde aún vivió seis años que empleó en querer engañar a la posteridad sobre sus dichos y hechos.

«Napoleon no hay para qué dudarle, como dice Martín, se había hecho la ilusión de que Inglaterra le trataría como un huésped y no como a un cautivo. ¡Grande é incomprensible ilusión! Posible es lle-

gar a conmovier a un monarca absoluto: pero imposible conmovier a una aristocracia. Un tal llamamiento a la magnanimidad del vencedor hubiese sin duda afectado al emperador Alejandro: la aristocracia *tory* que gobernaba a Inglaterra fué a sus penas insensible. Los ministros ingleses, convencidos de que Napoleon, prometiera lo que prometiera, volvería a las andadas si encontraba ocasión, no pensaban mas que en buscarle una cárcel de donde le fuera imposible escapar.»

Esta cárcel la encontraron en la isla de Santa Elena sita en el hemisferio del Sud, en medio del Océano, entre Africa y América, formándola la cúspide de una enorme montaña que sólo tiene dos kilómetros de lado. Este fué el espacio de tierra que para vivir dejó la aristocracia inglesa al hombre que había encontrado estrecha a Europa para su morada, la cual había querido ensanchar por Africa y Asia.

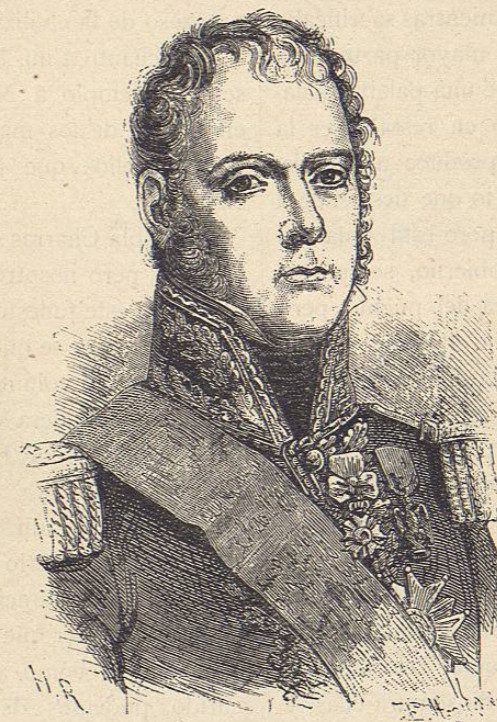
La aristocracia inglesa merece ser en parte dis-

culpada. Correspóndele toda la odiosidad de su conducta, pero esto sólo por haber tenido que cargar con todas las responsabilidades de la aristocracia europea. Hay que ver esto claro, para poder comprender las causas de la popularidad de Napoleon emperador, y del nombre de Napoleon en Francia y en Europa. Hay que explicar el carácter de ese imperio militar para conocer la razón que tuvo Francia para seguirle a todos los campos de batalla y a donde quiso llevarla. Antes que ver como la

democracia francesa juzga, pues, a Napoleon, hemos de ver como le juzga la aristocracia inglesa.

El coronel Napier es quien escribe lo siguiente en la *Historia de la guerra de la Península ibérica* de 1808 a 1814.

«Fueron causa las hostilidades de la aristocracia europea de que el entusiasmo de la Francia republicana tomase una dirección puramente militar, arrastrando a tan poderosa nación a una política que por ultrajante que haya podido parecer, era



MARISCAL NEY

para ella una necesidad. Hasta el tratado de Tilsit, Francia no hizo más que una guerra puramente defensiva; pues la sangrienta lucha que devastó el continente durante tantos años no tenía por objeto la preeminencia entre dos potencias ambiciosas. No era una disputa por el ensanche de un territorio o por la elevación política de una nación, sino más bien un combate a muerte que debían decidir cual de los dos partidos, la aristocracia o la democracia, dominarían uno a otro, y si la igualdad o el privilegio sería en adelante el principio fundamental de los gobiernos europeos.

»La Revolución francesa había adquirido una existencia prematura antes de la época natural de su nacimiento. El poder del principio aristocrático estaba demasiado vigoroso y demasiado identificado aún con el del principio monárquico, para que un virtuoso esfuerzo democrático pudiera resistirle con

éxito. Menos aún podía ser derribado por una democracia que, en sus excesos, se sumergía en sangre inocente, amenazando destruir las instituciones políticas y religiosas, obra de muchos siglos, de la cual, algunas partes, es verdad, habían envejecido, si bien su vetustez apenas se dejaba ver. Los primeros sucesos militares de la Revolución, los tumultos, las insurrecciones de Tolon y de Lyon, la guerra civil de la Vendée, la débil cuanto feliz resistencia opuesta a la invasión del duque de Brunswick, los frecuentes y violentos cambios de dominadores de quienes nadie lamentaba la caída, son otras tantas pruebas de que la Revolución francesa, intrínsecamente demasiado débil para rechazar esta fuerza física y moral que pesaba sobre ella, avanzaba rápidamente hacia su ruina, cuando el sorprendente genio de Bonaparte, imponiéndose a todo cálculo humano, la elevó y fijó por la victoria, que

era lo único que podía sostener esta obra incoherente.

»Sabiendo bien, sin embargo, que la causa que sostenía no estaba bastante en armonía con los sentimientos del siglo, Napoleon tuvo por primera necesidad que desarmar, ó por lo menos neutralizar la enemistad monárquica y sacerdotal, restableciendo el culto religioso, y haciéndose él mismo un monarca. Una vez soberano, la firmeza de su carácter, el fin que él se proponía alcanzar, sus talentos, la naturaleza crítica de los tiempos, le hicieron inevitablemente déspota; sin embargo, mientras sacrificaba la libertad política, que para la mayor parte de la masa humana no ha sido más que una palabra halagadora, puso el mayor cuidado en restablecer la igualdad política, bien real que produce una satisfacción creciente al compás de lo que desciende á todas las clases de la sociedad; pero esta igualdad política, principio vital de su gobierno, secreto de su popularidad, le hizo el monarca del pueblo; pero no el soberano de la aristocracia. Por esto Pitt le llamaba el hijo y el campeón de la democracia: verdad tan evidente, como lo sería si se dijera que Pitt y sus sucesores fueron los hijos y campeones de la aristocracia. Es por esto también, conforme á esta opinión, que las clases privilegiadas de Europa hicieron caer sobre Napoleon el odio implacable y de todo punto natural que tenían por la Revolución francesa, cuando vieron que las innovaciones habían encontrado en él un protector; que él solo tenía la preeminencia en un sistema tan odioso para ellas, y que era realmente lo que él mismo decía ser: *la Revolución organizada.*»

La muerte llegó al fin para él el 5 de Mayo de 1821.

«Este terrible fin de un tal hombre y un tal reinado ha excitado las recriminaciones más violentas, las lamentaciones más amargas y desesperadas. La historia, la poesía, el teatro, los folletistas, la literatura, todas las artes han encontrado en él una fuente inagotable de inspiraciones.

»Olvidando que el hombre no había tenido más que un fin, su propia elevación; que su reinado había por dos veces llevado á Francia á la ruína; haciendo caso omiso de sus faltas, de sus locuras,

de sus crímenes, hase creado una leyenda en el puesto que debe ocupar la verdad, ha presentado el mártir allí en donde no hubo sino la espíación; y gracias á esas imaginaciones más ó menos sinceras, se ha convertido el que había devastado á Europa, pisoteado sus pueblos, aniquilado á Francia, y excitado los odios internacionales más inaplacables, apagado la antorcha de la revolución, y devuelto á Francia las instituciones y abusos de la vieja monarquía, hase convertido este hombre decimos, en ángel libertador de las nacionalidades, en Mesías del progreso de la civilización.

»En cuanto á mí, lo digo muy alto, con el ojo seco contemplo á Napoleon clavado en una roca en medio de los mares; mis lágrimas las reservo para aquellos que fueron víctimas de su ambición.»

Así habla Charras en su libro sobre *La Campaña de 1815*, pero nosotros hemos de decir con Luís Blanc que éste funesto error de la humanidad y de Francia del que se quejaba Charras, tuvo por causa, no los actos ni voluntad propia de Napoleon, sino esa misma bandera tricolor que la revolución y él hicieron pasear por Europa, ciertamente, con bien distinto propósito.

Napoleon fué un héroe de la democracia sin saberlo, sin quererlo ser, por esto la democracia europea, la democracia francesa, al ver la obra del hombre, sin saber que se realizó á despecho suyo, le ha aclamado como á uno de sus hijos. En este sentido, podemos decir con Luís Blanc, que «el papel que en la historia ha desempeñado Napoleon ha sido el de preparar á Europa para la unidad democrática por medio de la guerra, papel que desempeñó lo mismo al arrojar á Francia sobre toda Europa, que cuando, y aún sobre todo, cuando trajo á Francia, con sus derrotas, á Europa entera. Entregada Francia á los extranjeros que hollaban su suelo, los conquistó moral y definitivamente para la democracia. De esta suerte su obra cosmopolita se cumplió por medio de sus derrotas, después de haber principiado con sus triunfos. Napoleon vencido ha influido más directamente en el mundo que cuando lo recorría victorioso.»



CAPITULO XL

LA SANTA ALIANZA

Ultimas resistencias militares de Francia: Longwy, Saint-Chaffres.—Daumesnil en Vicennes.—Barbanegre en Huningue.—Su heroica defensa.—Su capitulación.—Cómo la recompensó el archiduque Juan.—Revisión del tratado de París de 1814.—Opónese á ella Luís XVIII.—Intimánla los aliados.—Encarnizamiento de los prusianos y alemanes del Sud.—Furores de los ingleses.—Política de Alejandro.—Sus ministros Capo d'Istria y Pozo di Borgo.—Reclama Capo d'Istria la integridad de Francia.—Desencadenanse todas las pasiones.—Reclama Prusia, Alsacia, Lorena y otras provincias.—Apoyan á Prusia todos los aliados menos Rusia.—Disentimiento entre lord Liverpool y Wellington.—Opónese éste á la desmembración.—Transige Rusia aceptando se quiten á Francia algunas plazas fuertes fronterizas.—Pónese á su lado los ingleses.—Formúlase las reclamaciones: nota del 16 de Setiembre de 1815.—No se concede nada á los españoles.—Desdén con que fueron tratados por los aliados.—Llévanse los aliados las obras de arte que los franceses habían sacado de Europa.—Declamaciones de los franceses á este propósito.—No se devuelven las españolas.—Convocación y reunión de las nuevas Cámaras.—Efectos políticos del terror blanco.—Los ultras dominan en las Cámaras y París.—Retirada de Talleyrand y Fouché.—Richelieu primer ministro.—Sus relaciones con el emperador de Rusia.—Reclamaciones de Richelieu.—Hácenle los aliados algunas concesiones.—Ratifican las Cámaras el tratado de paz: 20 de Noviembre de 1815.—Déjase á una comisión mixta la cuestión de daños y perjuicios.—Niégase Inglaterra á someterse.—Concédensele setenta millones.—Declárase excluída para siempre de Francia la dinastía napoleónica.—Frocuran los reyes consolidar sus tronos.—Tratado de *La Santa Alianza* entre Rusia, Austria y Prusia.—La amiga de Alejandro, Krudner, fué su inspiradora.—Iluminismo de Alejandro.—Firmase el tratado: 26 de Setiembre de 1815.—Su articulado.—Niégale Inglaterra su adhesión.—Adhesión de Francia y España.



MIENTRAS los realistas, ciegos de ira por el susto pasado, proseguían impunemente vengándose de los vencidos, los aliados, á quienes parecía que esta vez habían entrado como vencedores en Francia, se disponían á sacar provecho de la victoria.

Las últimas resistencias militares habían cedido. Como cuando la primera invasión de Francia, algunos jefes militares habíanse negado á rendir las plazas que defendían sin orden del monarca de Francia reconocido de hecho ó de derecho por la nación. Así se vió á Longwy y á Saint-Chaffres sostenerse hasta el último momento contribuyendo á la hermosa defensa de estas plazas lo mismo el paisanaje

que los militares. Daumesnil en 1815 como en 1814 conservó á Francia el castillo de Vicennes y su parque de artillería, y en Huningue el general Barbanegre sostuvo larguísimo sitio con solos ciento treinta y cinco soldados heroicamente secundados por la población, y veinticinco mil austriacos mandados por el archiduque Juan no tuvieron más remedio que esperar á que Barbanegre capitulase cuando ya no tenía á sus órdenes más que cincuenta soldados, valentía que el archiduque recompensó abrazando y besando al general Barbanegre al desfilar éste con sus cincuenta hombres por delante de los vencedores.

Dominada la situación militar los aliados hicieron